

Queridos hermanos,

Hemos oído hace un instante: “abrid los corazones y escuchad mis palabras”. Y Jesús dijo un día: “si permanecéis en mi palabra, seréis de verdad discípulos míos; conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres” (Jn 8, 31-32).

En efecto, nuestra libertad consiste en el poder que Dios nos dio de disponer de nosotros mismos y de nuestra vida. Lo hacemos realmente en la medida en que conocemos la verdad de las cosas, de nosotros mismos y de Dios; porque entonces, si queremos, podemos adherirnos a la verdad reconocida y dar en consecuencia la forma adecuada a nuestra existencia.

En esto todos los hombres somos hermanos: en la común dignidad de la propia conciencia, que busca la verdad y desea dar forma buena a la propia vida en libertad. Reconocer y defender este bien del prójimo, de cada uno, es el principio de la fraternidad, del diálogo, de la convivencia en paz.

No queremos perder este bien grande, indispensable, correspondiente a nuestra dignidad como personas, en el que se expresa nuestro respeto real por el prójimo y por todos. Más aún, creemos que es imprescindible para la sociedad entera reconocerlo, no dañarlo ni impedirlo; pues es un bien frágil, como la libertad, como nuestra propia humanidad, que siempre necesita ser cuidada.

Este respeto profundo por la búsqueda más humana de la verdad, por la libertad de la conciencia, está en los fundamentos de nuestra civilización y habría de ser promovido especialmente en momentos de encuentro universales, como la celebración de los Juegos Olímpicos. De ahí el inevitable rechazo de quienes vemos banalizadas ante el mundo entero las realidades para nosotros más preciosas y decisivas, y distorsionado su sentido.

Pues, en efecto, nosotros creemos en el Señor Jesús, que en Él se nos da la verdad y la gracia. Y profesamos esta fe del modo más pleno precisamente en la celebración de la Eucaristía, en el memorial de la Última Cena, parodiada en la ceremonia de inauguración de los Juegos del modo más público y expreso.

Amamos al Señor, porque Él nos amó primero, y celebramos diariamente el sacramento de este amor, el misterio de la comunión con su Cuerpo y Sangre. Compartimos la caridad de su Corazón, en la que se entregó por nosotros, nos alcanzó el perdón y la reconciliación, y la vida plena, victoriosa de la muerte. Y aprendemos así a amar como Él nos ha amado y como ha pedido que hagamos.

A Jesús, realmente presente en la Eucaristía, dirigimos el afecto del corazón y una gratitud profunda. Por eso hoy nos importa recordar nosotros mismos y decir ante todos que en Él tenemos la certidumbre a la hora de dar forma a la vida y de afrontar la muerte, la esperanza del bien definitivo para nosotros mismos, nuestros seres queridos y para todos.

Que nosotros, como personas libres, demos ahora este testimonio, sin subterfugios ni segundas intenciones, es un bien; que todos podamos siempre hacerlo, es un bien. Que crezcan las posibilidades de encuentro y de diálogo, con todas las riquezas y la diversidad de la humanidad de cada uno, es el camino de un futuro bueno para nuestra sociedad.

Por eso puede ser oportuno dar testimonio hoy de nuestra fe; lo que hacemos concretamente renovando juntos el gesto de nuestro reconocimiento y amor al Señor, y la petición al Padre de perdón por nuestras ofensas a su Hijo y a su Amor.

Queremos que resuene de nuevo, para nosotros mismos y para nuestros contemporáneos, la verdad de la Persona y de la obra del Señor Jesús, expresada en la Última Cena. Así, será posible conocerlo también en nuestro mundo de hoy; adherirse o no a Él en libertad, desde el propio corazón, con responsabilidad personal.

Porque, en cualquier caso, encontrarse con la realidad –en particular la del Evangelio– será siempre camino de libertad para todos. Mientras que no lo sería para nadie, en cambio, quedarse en un relato elaborado, no poder encontrarse más que con una interpretación producida desde ideologías diversas. Y tanto menor será la libertad, cuanto mayores los medios y el poder para imponer tales relatos como único modo –en la práctica– de acceder a la realidad, en este caso al Evangelio.

Así pues, también desde este punto de vista dar el propio testimonio de amor al Señor, de la verdad del Evangelio, tal como es y nos ha sido transmitido, es un servicio bueno. Ya que, de este modo, lo que ha sucedido y nos ha disgustado a muchos en la inauguración de los Juegos Olímpicos de París puede llegar a ser ocasión de diálogo real, de encuentro entre personas y culturas.

Para nosotros, en particular, es ocasión de acercarnos de nuevo al Señor, en medio de los desafíos y cuestionamientos, de los relatos y las imágenes que nos interpelan tan directamente.

Es ocasión de pedir ante el Santísimo Sacramento por nuestra fe, por su firmeza; para que sepamos dar forma a la vida, según la verdad que reconocemos ante Jesús Sacramentado; para que encontremos los modos y las palabras de vivir y decir la verdad del amor de Dios y del amor humano también hoy, en nuestras casas y familias, en nuestra sociedad, ante quien lo necesite.

Y es también ocasión para dar gracias de nuevo, para alabar y bendecir al Señor, que nos conduce como Maestro, Pastor y Amigo. Él nos ayuda a atravesar y a comprender las circunstancias de nuestra vida personal y social, hace desaparecer los miedos a la luz de su amor y de su verdad, nos dona una compañía buena para nuestro caminar, e incluso la gracia de saber abrirnos al encuentro y entablar el diálogo con los hombres de nuestro tiempo.

Él es nuestro consuelo, cotidiano y perenne; que nos otorgue la gracia de ser también nosotros presencia cercana y buena, consuelo para quien lo necesite; y siempre testigos de su amor y de su paz en nuestra tierra y en nuestro mundo.

+Alfonso,
Obispo de Lugo